

## Os voy a contar una historia

5

Os voy a contar una historia, tan antigua, que ni yo sé cómo llegó a mis oídos, ya que esta historia ocurrió en el primer milenio antes de Cristo.

El protagonista era un joven ciudadano de Focea (Grecia), de veintitantos años, se llamaba Aníbal. Era un orgulloso comerciante, feliz y amable con toda la gente que le rodeaba.

Hasta que un día su madre, el único familiar que le quedaba, cayó enferma. Padecía un tipo de cáncer, que, según las sacerdotisas de esa época, era una enfermedad del demonio. Se trataba de un castigo que sufrían todas aquellas personas que se atrevían a pactar con el demonio. Decían que él te castigaba con una muerte lenta y dolorosa. Pero Aníbal estaba seguro que su madre no había pactado con nadie y menos con el demonio, así que acudió a su amigo Ben, porque entendía mucho sobre medicinas y enfermedades como la de su madre. Le explicó la situación de su madre, a lo que Ben le contestó, que había una cura. En esos momentos Aníbal se puso muy contento, pero esas emociones no le duraron mucho al oír las palabras que salían de la boca de su amigo: -la cura está en las polis comerciantes de la parte continental del mediterráneo, se trata de una flor de color plateado brillante y puntos azules celestes. Esto fue lo que entristeció a Aníbal.

Nuestro protagonista y Ben estuvieron negociando y hablando toda la tarde, hasta que anocheció, entonces Aníbal decidió salir al día siguiente temprano con su barco de comerciante en busca de la flor.

A la mañana siguiente se levantó a las 8 porque le preocupaba no llegar a tiempo para curar a su madre, el camino era duro y largo y Ben le dijo que a su madre le quedarían 6 o 7 días de vida, a no ser que le diera el antídoto antes.

Con las prisas se dio cuenta, ya en el barco, que no había cogido suficiente agua y comida para el viaje porque le esperaban unos dos días aproximadamente hasta llegar a tierra firme.

Las horas fueron transcurriendo, mientras Aníbal dirigía su barco rumbo a Emporion consumiendo poco a poco, la comida y bebida que llevaba en su barco. En un alzamiento de su brazo, con tal de coger la bolsa de la comida, se dio cuenta que una gaviota se la había arrebatado, y respecto al agua ya no le quedaba ni una gota, la había gestionado mal, debido a su mala manía de ingerir mucha agua sin la necesidad de ahastecer su sed.

Después de un tiempo, empezó a notarse cada vez más mareado y agotado, claros síntomas de la deshidratación e insolación. Aníbal lo sabía, no podía hacer nada en su embarcación no tenía ni agua ni sombra, sólo le quedaba desmayarse. En un momento determinado lo vio todo negro... se había desmayado, navegando a la deriva, hasta que su barca quedó encallada en un arrecife de coral. Justo entonces apareció un hombre de pintas descuidadas, ropa sucia y húmeda. En resumen, las pintas más exactas de un pescador que parecía sacado de un cuento. Aquel hombre, como un buen samaritano ayudó a Aníbal, intentó desencallar la embarcación, pero resultó inútil, pesaba demasiado. Entonces el pescador trasladó a su barco a Aníbal y parte de sus pertenencias, su barca era de pesca y más pequeña y no cabía todo. Cogió las cosas u objetos que le parecieron más importantes, entre ellos el dibujo de la madre de Aníbal, que como bien supuso el pescador era un objeto de gran importancia en el viaje de Aníbal, era el objeto que le daba fuerzas para seguir con su aventura. A la mañana siguiente Aníbal despertó, un poco aturdido y confuso, aún no sabía qué había pasado. Pudo identificar a un hombre sentado en la popa del barco, cuando se sintió con más fuerzas le dijo con una voz desgarradora y casi afónica: -aaa...gu....aaaa -

El pescador al escuchar esa voz se giró inmediatamente, miró fijamente a los ojos de Aníbal y acto seguido el hombre le dio una botella de agua. Aníbal, con bastante inseguridad, la cogió y se la bebió casi entera, solo dejó unos 3 dedos para mojarse los labios y refrescarse. A continuación, le preguntó qué había sucedido y dónde estaba su barco y sus pertenencias, el pescador se le explicó todo lo sucedido. Después Aníbal se durmió durante toda la tarde y noche.



Al día siguiente despertó, por culpa de un sol radiante y brillante, bajo su mirada hacia el poblado que él estaba buscando (Emporion). Las casas blanquecinas relucían al sol cegando la mirada de nuestro protagonista, aún aturdido por aquella luz se levantó y bajó a tierra firme. En cuanto se dio cuenta de lo tarde que era fue corriendo a una embarcación griega, dónde gastó casi todo su oro para que le permitieran subir a esa nave.

Una vez embarcado se preguntó, cómo estaría su madre, y qué fue muy extraño lo que le sucedió, su despertar, ese pescador fantasma que había desaparecido. Aníbal llegó a pensar que fue un sueño o una especie de espejismo, por culpa de la deshidratación y las altas temperaturas que llegó a alcanzar al despertarse.

En el tiempo que él se planteaba hechos y pensaba sobre el estado de su madre, ya habían llegado a Hemeroskoperion, una poli griega cercana al poblado comerciante fenicio, dónde se encontraba esa flor tan preciada y deseada. Rápidamente Aníbal bajo como un rayo para tocar tierra fenicia, cuando levantó su mirada vio una muralla gigante frente a él. Esa muralla tenía diferentes torres de defensa colocadas en la cima de una colina. De camino al portón tan grande que cubría el espacio que había entre las murallas miró y pudo apreciar que en ese pueblo los fenicios estaban mucho menos avanzados en mecanismos y arquitectura que la colonia griega de donde él provenía. Los portones se abrieron a su paso, impidiendo ver aquel poblado tan hermoso y rural. Su preocupación por el poco tiempo continuaba, fue directo a la plaza central, dónde se montaban miles y miles de mercados dónde vendían de todo.

Mientras caminaba rápido miraba atentamente de un lado a otro para encontrar la flor, se dio cuenta que en un despiste había dejado atrás una flor que había ignorado, pensando que no retrocedió su mirada hacia aquel puesto viendo la flor de color dorada con puntos azules celestes justo como su amigo Ben le había descrito. Aníbal corrió hacia el puesto para que nadie se le adelantara en la compra de la flor. Cuando comenzó la carrera hacia el puesto se dio cuenta que no tenía dinero para pagarla porque se lo había gastado todo en el viaje de Emporion a Hemeroskoperion. El rápido intento de buscar una solución a ese tan gordo problema, no le dio solución, entonces desesperado se acercó al chico del puesto que tenía aproximadamente 18 años y le dijo que necesitaba la flor pero que no disponía de dinero para pagar. El chico obviamente le contestó que no podía hacer nada, que le daba el dinero o nada. Aníbal le siguió repitiendo y pidiendo por favor que le diera la flor porque era muy importante. El fenicio le contó su difícil vida y necesidades, diciéndole a Aníbal que si su historia era más importante y necesaria que la suya le daría la flor. El fenicio relató que su padre estaba encarcelado y retenido por el rey de su ciudad, por no pagar las deudas pendientes. Tras encontrar la flor en el campo mientras deprimido lloraba la ausencia de su padre, decidió vender dicha flor tan cotizada para pagar las deudas de su padre y poder volver a jugar con él.

Aníbal un poco entristecido tras la historia de aquel chaval accedió a relatarle su historia, la situación de su madre. Mientras caminaban como dos amigos por aquella ciudad tan hermosa. Aníbal no dejaba de observar atentamente las costumbres y formas de vida de los habitantes del pueblo, mientras que no dejaba de explicarle su tragedia. Entonces entraron en un barrio donde casi todas las tiendas eran herrerías que le recordaban a su padre desaparecido en la guerra. Esto sucedió hace muchos años por lo que no le entristeció y prosiguió con su relato. Cuando acabó ya era de noche, el fenicio con los ojos llorosos le dio la flor por la que había viajado y luchado tanto. Esa noche estaba tan revuelto el mar que no pudo navegar hacia Focea así y que se quedó al resguardo en la casa del joven y ahora gran amigo.

Al día siguiente se despertó temprano para coger su embarcación rumbo a su ciudad natal, pero antes de partir se detuvo en la entrada de aquella casa, observó una figurita que decoraba aquella acogedora y encantadora casa. La figurita se parecía mucho al Guerrero de Moixent, que según le contó su madre cuando era pequeño, cumplía cualquier deseo que le pidieras. En ese preciso instante un ruido a sus espaldas le asustó y salió corriendo de la casa y cogiendo su embarcación dirigiéndose a Focea.

Ya en el barco, miró la figurita que con miedo se había llevado de la casa del fenicio, pidiéndole que por favor cuidará de su madre mientras él regresaba. Cuando por fin llegó, en el atardecer vio a su madre rodeada por

las sacerdotisas que le estaban preparando el funeral. Anibal corrió hacia ella con los ojos llorosos y gritando en llantos descontrolados apartando a todo el mundo que observaba aquel ritual. Llegó hasta su madre la abrazó con fuerza intentando reanimarla, llamándola una y otra vez, pero eso fue inútil, su madre había muerto hacía horas.

Cuando enterraron a su madre, Aníbal entristecido sacó de su bolsillo la figurita y la flor. Miró la figurita que había fallado, al dejar morir a su madre y le volvió a pedir antes de tirarla al mar y perderla de vista que pudiera reunir el suficiente dinero para volver a viajar en busca de su amigo fenicio que tanto le había ayudado regalándole la flor y poder ayudarle en el pago y así que pudiera recuperar a su padre.